



la columna de Ignacio Echevarría

Clase media

En un reciente ensayo, Álvaro Enrigue enfatiza la íntima relación que se da entre el despegue de la literatura latinoamericana y la tardía emergencia, en buena parte del continente, de una clase media siempre vacilante respecto de su legitimidad y sus logros.

Recibo estos días, recién salido de la imprenta, un ensayo de Álvaro Enrigue que publica la editorial Anagrama. Se titula *Valiente clase media* y lleva un incitante subtítulo: *Dinero, letras y ciudadanía*. El autor se propone histórica e ideológicamente "las formas en que la interpretación de asuntos de dinero y clase fueron separando a la escritura en castellano para convertirla en dos: la americana y la española". Un programa ambicioso, sin duda, que Enrigue afronta ocupándose de figuras tan variopintas como Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Antonio Cárdena y Sor Juana Inés de la Cruz, entre otras. Y que entiendo una tesis provocadora, que el prólogo del libro expone en los siguientes términos: "La modernidad, en Hispanoamérica, no se construyó, se impuso: fue un fenómeno evolutivo que hubo que aceptar, y esa conciencia fue crucial en la época más crucial de una pequeña aldea burguesa que todavía se avergüenza —a menudo con buenas razones— de ser burguesa y ser pequeña, aunque no de su pobreza: todavía ostenta su riqueza mediante un gusto tan curri que darle".

Citahu! (recogido en *El gauchito insubordinable*). La insolente conferencia de Sevilla se publicó postumamente en *Entre paréntesis*, y luego en *El secreto del mal*. En ella, Bolaño comienza preguntándose "de dónde viene la nueva literatura latinoamericana"; a lo que enseguida se responde, con infamante mala conciencia, que viene "de la clase media o de un proletariado más o menos asentado o de familias de narcotraficantes de segunda línea que ya no desean más balazos, sino respetabilidad".

Por los parlotes de Bolaño, se diría que las cosas no son hoy sustancialmente distintas a como fueron tiempo atrás. La literatura latinoamericana seguirá estando determinada, de forma particularmente notoria, por las aspiraciones de una clase media que se servirá de la escritura y de la lectura —de la cultura, en general— como instrumento y emblema de asociación social.

El ensayo de Enrigue insiste en rebatir este hecho con la vigencia que en el contexto de la literatura latinoamericana tiene "lo curri", categoría sobre la que este autor discurrió hace tres años a su paso por Santiago, en la charla que impartió en la Catedral Bolaño de la Universidad Diego Portales. Habló entonces en relación a Bolaño. Dando, de las "pulsiones de la curri", y lo hizo en términos muy semejantes a los que emplea en el primero de los capítulos del ensayo que aquí se comenta, "El estigma de Darío".

La de "lo curri" es una categoría resbaladiza donde las haya, y no estoy seguro de que, tal como Enrigue la maneja, tenga utilidad en el presente. Habría que considerar hasta qué punto "lo curri" (empañado de forma cada vez más enmarañada con "lo kibitzi") no es ya un rasgo constitutivo de la cultura contemporánea, que es desde hace muchas una cultura de masas, cuyo patético y cuya ideología aparecen ajustados a los de una clase media que entretanto ha acompañado los órganos de consagración.

Hace una semana, el suplemento cultural del diario español *El País* dedicaba a "los nuevos escritores latinoamericanos" un extenso reportaje cuyo electicismo parecía amparar toda opción estética, e incluso ética, bajo el mismo manto de ecumenismo y comercialidad. El reportaje, titulado "Letras en vuelo libre", se ofrecía ilustrado con las fotografías de tres de esos "nuevos escritores" (la argentina Lucía Pozuelo, el chileno Alejandro Zambra y la cubana Wendy Guerra) costeados en pleno vuelo hacia arriba, sus figuras recortadas sobre el cielo.

Tiene interés preguntarse cómo detectar la curri en una cultura que, citándolo todo en la apariencia y en la mercadotecnia, se ha despojado con entusiasmo del sentido del ridículo.

PÁGINA ABIERTA

William Blake y otros temperamentos
G. K. CHESTERTON
EDICIONES UEP, SANTIAGO,
2013, 208 PÁGINAS, \$11.500.



por Camilo Marks

BRILLANTE, HETERODOXO, INCLASIFICABLE

G. K. Chesterton (1874-1936), un clásico de las letras inglesas, fue poeta, crítico literario, novelista, ensayista,ógrafo y uno de los más polígrafos periodistas de su época. Tal vez sus libros más leídos sean los de misterio —*El candor del padre Brown*. *El hombre que fue Javés*—, pero si tenemos en cuenta que Chesterton ha sido uno de los pocos que trataron el género policial desde un punto de vista teológico y que esos libros contienen todo el humor, la chispa y el talento paródico de su autor, la popularidad de ellos está ampliamente justificada: ahí encontramos calidad, un estilo fresco e incisivo, y, sobre todo, una conciencia narrativa elevada, que confía en el lector y lo vuelve cómplice del material escrito.

Como portavoz de símbolos arcaicos, que eran dados únicamente para él, incuestionablemente, fue muy escéptico (quiso andar desnudo por todos lados junto a su mujer y ella, más sensata, se opuso) y en ciertos años, muy importunado (las relaciones con sus benefactores dejan mucho que desear). Chesterton se detiene en los efectos prácticos de tales conductas y en los resultados que podrían haber tenido en sus libros y en sus textos. Tras un lúcido, empático, vertiginoso análisis, llega a la conclusión de que Blake estaba loco. Quizá no loco de remite ni para ser internado; sin embargo, no podemos llegar a él sin pasar por cierta dosis de locura.

El resto de las piezas son reseñas que Chesterton hizo para diarios o revistas y si bien todos son ácidos y poseen su gracia distilada, uno son menos relevantes para nosotros que otros. Así, Carlos E. el restaurador de la Restauración; William Morris,

eminencia victoriana, y Gerónimo Savonarola, quemado por denunciar la corrupción de los Medici, son, desde luego, personalidades interesantes, aun cuando no poseen el hechizo de Blake.

"William Blake y otros temperamentos" contiene nueve estudios dedicados a diferentes personajes de la literatura o a figuras históricas.

En cambio, Charles Baudelaire sigue siendo una de las escrituras más apasionantes de todos los tiempos, y Jane Eyre es una creación que continuará gozando del fervor popular. Ese libro al menos torcido, al amor ciego, a la locura de una muchacha sin belleza, encamado es una heroína que vive para sí misma e ignora la realidad, es, qué duda cabe, una de las ficciones supremas de la narrativa británica. Lo mismo puede decirse de Robert Louis Stevenson y de *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. Lord Byron fue la primera estrella del mundo moderno y lo pagó muy caro, siendo muy joven. En cuanto a Tolstói, Chesterton aporta una perspectiva algo insular, a diferencia de lo que nos cuenta de San Francisco de Asís, porque en su calidad de católico practicante, sintió una afición especial por el modelo italiano.

Así, **William Blake**, una muestra una faceta brillante de un escritor heterodoxo, inclasificable, siempre sorprendente.

Carolina B.



Filosofía natural
PAUL FEYERABEND
DEBATE, BUENOS AIRES,
2013, 337 PÁGINAS, \$11.400.



por Juan Ignacio Rodríguez Medina

La ficción suprema: Gonzalo Rojas y el viaje a los comienzos
MARCELO PELLEGRINI
CUARTO PROPIO, SANTIAGO,
2013, 312 PÁGINAS, \$10.530.



Íntegra
FABRIENNE BRADU
FONDO DE CULTURA
ECONÓMICA, MÉXICO, 2012,
962 PÁGINAS, \$28.900.



por Roberto Onell H.

ANARQUISMO CIENTÍFICO

Hay quienes ven en Paul Feyerabend (1924-1994) al Nietzsche de la filosofía de la ciencia (irreflexiva, apasionada). El término se definió como un "anarquismo epistémico". Sus pares, tal como ocurre con Kuhn, lo odian o lo elogian; destacan la introducción del elemento histórico como una contribución permanente al estudio de la ciencia o, al contrario, la califican como uno de los peores atentados contra la objetividad científica. Existen los títulos de dos de sus más conocidos libros para referir todos estos juicios: *Contra el método*, de 1975, y *Adiós a la razón*, de 1987. En el primero dice, por ejemplo, que la ciencia "es una empresa esencialmente anarquista; el anarquismo teórico es más humanista".

Feyerabend defiende una visión pluralista de la ciencia y, en general, del pensamiento. El anarquismo teórico es más humanista. Estado de Piedra.

PARA SEGUIR LEYENDO A GONZALO ROJAS

Sobudamos dos libros que tienen al poeta Gonzalo Rojas como protagonista. *Íntegra* viene a materializar el concepto de "obra completa" que Rojas rechazara sistemáticamente en virtud de la concentración poética que, según insistía, todo poeta alcanza en sus cuatro libros; aunque, por otro lado, decía estar escribiendo siempre el mismo libro, quizá así. Una disquisición que Fabienne Bradu (1954), escritora francesa y de extensa frecuentación como estudiosa y traductora de Rojas al francés, registra al comienzo de las necesarias "Instrucciones de uso" de este volumen, que ha editado con gran cuidado. En efecto, los casi 900 párrafos de versos ofrecen todos aparejados en poemarios y otros sitios, y hasta algunos inéditos, en un orden cronológico, de pasado a presente, que diverge de la circularidad que el

libro dichas notas de registros escritos y de audio, y que "no llevan fecha ni ficha" para conservar algo del aliento aforístico y lírico que los anima, que se perdería con una documentación sistematizada. Porque *Íntegra* no es una edición crítica de la poesía de Gonzalo Rojas, sino una muestra vitalante y organizada como "un libro vivo", para mayor provecho de todo lector. Los estudiosos tendrán que esperar todavía una edición fija, que entregue una bibliografía selecta o exhaustiva de los estudios que esta poesía ha suscitado en el mundo. El académico y poeta Marcelo Pellegrini (Valparaíso, 1971) regresa entre los lectores de Rojas con *La ficción suprema: Gonzalo Rojas y el viaje a los comienzos*. Recorde-

autoimagen, la poetización de Rojas pasa de visitar la irreversibilidad del "origen" al dinamismo del "comienzo", en la distinción de Edward Said, para definir cuidadosamente una lectura propia de su formación poética (capítulo 3) y para establecer flexuosos vínculos cruciales con poetas —Aristofanes, Vallejo, Caden— y filósofos —Hegel, Heidegger, Wittgenstein— en cuanto a comprensión del mundo (capítulo 4). Pellegrini indica incluso en la posibilidad del poeta de inventarse una muerte en el marco de esa "ficción suprema" (epílogo). El mérito de este libro, cumplir lo que ofrece, es plural: define un propósito, se abre secundariamente a otros fines, explicita sus herramientas, sostiene sus hallazgos. Y más: Pellegrini lo logra escuchando los poemas, y no analizando los con teorías; reconstruye toda la obra de

"Íntegra" y "La ficción suprema" son dos